

EN PUNTO

nacionalismo en la URSS se presenta en el momento en que su ideología «degenera» y se convierte en «revisiónismo» destinado a favorecer su statu como nación en el mundo, más que como centro de una ideología internacionalista. Las reivindicaciones territoriales chinas en estos momentos sirven para que desde Moscú se haga una acusación semejante contra Pekín. En materia verbal, China lleva la delantera. Acusa no sólo de colusión con los Estados Unidos, sino de acuerdo secreto entre Moscú y la China insular, la China de Chiang Kai Chek.

Estas bases pueden ayudar a comprender un poco el fondo del incidente fronterizo como continuación de una línea histórica, pero difícilmente sirven para explicar su actualidad. En primer lugar, no se puede saber honestamente a quién ha pertenecido la iniciativa. Cada uno acusa al otro, como es costumbre. En segundo lugar, es difícil saber a quién beneficia, cuál es su utilidad. Beneficia, necesariamente, a los Estados Unidos, y no han dejado de emitirse hipótesis en el sentido de que puede haber sido todo una operación de la CIA, hipótesis que los dos países envueltos en el conflicto rechazan porque sería admitir su permeabilidad a la organización enemiga. Las hipótesis que atribuyen la agresión a la URSS se basan en la idea de que por esta iniciativa trataría de buscar una condena de China por parte de los partidos comunistas del mundo, tema que intenta desde hace tiempo sin excesivo éxito; que tratan de dar signos visibles a los Estados Unidos de su «occidentalización», o que quieren advertir a China de que están dispuestos a defender sus fronteras con una guerra, si es preciso, antes de que las reivindicaciones chinas lleguen más allá. Las hipótesis que suponen a China culpable atribuyen varias causas al movimiento. Una, el «desenmascaramiento» de la URSS como revisionista, como más inclinado a la amistad con los países capitalistas que con los comunistas. Otra, que se trata, mediante la levadura del nacionalismo, de crear una unidad que se está quebrantando, movimiento clásico muchas veces repetido en la historia (por simple ejemplo, la agitación en Chipre por parte de Grecia o de Turquía cuando uno de estos dos gobiernos han tenido dificultades interiores). Una tercera supone que es un paso en la escalada nacionalista por la reivindicación de fronteras.

Sin embargo, teóricamente, el incidente fronterizo y su magnificación no corresponde a las políticas globales de Moscú ni de Pekín. A Moscú, cargado con el fardo de Checoslovaquia, con el de Oriente Medio, con la difícil diplomacia de gestos y actitudes con Alemania Federal, el conflicto fronterizo con China la inquieta. Incluso para sus negociaciones con los Estados Unidos le sería más conveniente mantener la amenaza de una reconciliación con China, que mostrar públicamente que su desacuerdo con ella puede terminar nada menos que en una guerra, lo cual le haría buscar la amistad de los Estados Unidos con urgencia y en condiciones de inferioridad. En cuanto a China, es una contradicción más con la política de apertura que había iniciado en octubre del año pasado. Esa política comprendía la conferencia con los Estados Unidos en Varsovia, la reanudación de relaciones con Canadá y con Italia, la nueva política panasiática para con el Japón. A partir de febrero, esa política ha basculado en un sentido contrario. ¿Por qué? Para considerar los actos de China hay que tener en cuenta su situación de «revolución permanente». Los problemas de la lucha por el poder iniciados con la «revolución cultural» no se han resuelto, y una tesis política puede prevalecer un año, unos meses o unas semanas, para dejar paso a otra que puede ser contradictoria. En una medida menos espectacular, pero no menos importante, la anarquía en el poder está latente en numerosos países, sobre todo en los que pretenden mayor influencia en el mundo. Las contradicciones y las inversiones de máquinas en la política del general De Gaulle son famosas; las de los Estados Unidos han dado lugar a la anarquía interior, que ahora está en tregua relativa. En la URSS se está hablando continuamente de dos facciones importantes, llamadas «duros» y «blandos» —división genérica que se aplica en todos los países—, y que oscilan en acciones y reacciones. El incidente chino-ruso puede haber sido emitido por un grupo de uno cualquiera de los dos países; puede haber sido aprovechado en cada uno de ellos por los grupos en cuyo favor puede ir. Ante todo examen de los acontecimientos políticos hay hoy que tener en cuenta que los países carecen hoy, como tenían antaño, de una línea política coherente y unida. Pensamos en Oriente Medio, donde no hay una política oficial árabe, sino varias, y donde esas políticas oficiales están dobladas por una política guerrillera activista, y donde el propio Israel triunfante —y, por tanto, menos inclinado a la división— está rasgado entre los triunfalistas de Dayan y los negociadores de Golda Meir. Conflicto en el que, a su vez, pesan las influencias —y las armas y el dinero— de las dos grandes naciones —Estados Unidos y la URSS—, que, a su vez, están divididas en varias facciones... Sólo así puede comprenderse que el análisis de un incidente como el de la isla de Damanski —insignificante en sí mismo, desde cualquier punto de vista— difícilmente puede conducir a una consecuencia coherente, y que cualquier idea que se pueda emitir acerca de su desarrollo ulterior no pertenecerá más que al campo de la adivinación.



EL SEÑOR PRESIDENTE

Heinemann:

Una sospecha de futuro

El papel de Presidente en la República Federal Alemana es, principalmente, simbólico. El verdadero poder corresponde al primer ministro o canciller. Precisamente es su carácter simbólico el que da mayor importancia a su elección. Eligiendo a Heinemann, socialista, en lugar de a Schroeder, demócrata cristiano, los compromisarios llevados a Berlín Oeste en circunstancias difíciles han podido simbolizar que prefieren a un negociador que a un «duro». Puede ser una indicación de lo que vaya a preferir también el electorado general de Alemania Federal en las próximas elecciones legislativas. Heinemann es un político que ha pasado de un partido a otro sin encontrar verdadera satisfacción en ninguno. Con un pasado claro y abiertamente antinazi —lo cual es escasamente frecuente entre los políticos alemanes—, se define más bien como un adversario de la corrupción y del regreso al nacionalismo germánico, como contrario al rearme del país, como adversario de las agrupaciones políticas neonazis. Durante dieciséis años se ha mantenido al margen de las actividades políticas, en las que reapareció como ministro de Justicia tras la formación de un gobierno de coalición. Su rectitud de conciencia la debe, según él declara, a la Iglesia evangélica a la que pertenece, como militante de un ala que se opuso siempre al nazismo. Su personalidad religiosa le

hizo acudir al partido cristiano demócrata después de la guerra, pero se decepcionó por tres motivos que él mismo enumeró como acusación a su partido, que abandonó: «Ganar demasiado dinero, tener soldados para defenderle y mantener iglesias para bendecir el dinero y los soldados». Heinemann, después de su abandono del partido, fundó otro, el «partido popular alemán», de corte intelectual, con tendencias neutralistas. El partido fue perseguido, acusado de procomunista durante la guerra fría, acusado de recibir fondos «misteriosos» —tuvo doce procesos por este tema, y los doce los ganó— hasta que el partido se hundió y Heinemann pasó entonces al partido social demócrata, donde se mantuvo prácticamente aislado. Su selección para estas elecciones presidenciales obedece precisamente a su calidad de conciencia individual, más que de representante de un grupo o sector. El periódico de Hamburgo, «Die Welt», explica, en unas líneas, el alcance de su elección: «El señor Heinemann, que ha cambiado de óptica varias veces en la corta historia de la República Federal, cree en la transformación, en el cambio, por el verbo más que por la fuerza. Para los social demócratas, la victoria de Heinemann es una situación histórica. Va a unir las más aún a la República que la participación en las responsabilidades gubernamentales en el seno de la gran coalición».